

## *La pequeña bestia de los cerros*

De Yareo

Los nudos en el pelo de la niña eran cada vez más grandes y frecuentes. La tía sufría pero de rabia, porque el dolor de las mechas tironeadas lo sentía la chiquilla, con el cuello tieso y la frente tersa de tanto aguantar jalones del cepillo. Que qué estaba pensando esta cabra de miechica, que cómo tan bruta, tan animal, tan salvaje, metiéndose en los cerros a hacer quién sabe qué. Todos los días, sagradamente, cuando volvía a la casa a tomar once, su pelo largo, chino y brillante llegaba hecho una masa seca, una paja áspera sin brillo que, para el final del día, era indomable y eran necesarias horas de esfuerzo para deshacer. La tía, harta y con los brazos adoloridos de tanto jalar, primero pensó en prohibirle a la niña salir de la casa, pero esta se ponía insoportable encerrada. Unos gritos y peleas terribles. Luego pensó en raparla, pero qué iban a pensar los vecinos de una chica pelada medio loca, que aunque las poquitas casas del pueblo estuvieran separadas, la plaza donde se ponía la feria era una sola y todos se conocían. Decidió entonces rogar derrotada a que se le pasara la tontera. La niña se metía a los cerros justo después de almuerzo, mientras la tía tomaba siesta tirada en el sillón del living con la boca abierta y el cuerpo flácido junto a media taza abandonada de té ya frío. Iba descalza, le gustaba sentir las piedrecitas y el polvo seco en los talones. Necesitaba, en realidad, porque era parte de su ritual. Más que capricho o gusto por la mugre, era una pulsión natural. Debía renunciar a los zapatos, a la chaqueta, a las prendas gruesas que la alejaran de la tierra, de los pocos arbustos, de uno que otro bichito curioso. Cuando estaba lo suficientemente lejos de la casa, se ponía a cuatro patas, anclando pies, muñecas y rodillas al suelo seco, como echando raíces. Con la mano tanteaba hasta reunir un puñado de ramas y se lo embarraba en la cabeza, frotando con fuerza hasta anudar los hilos de pelo. Bajaba con igual energía hacia su cara, abriendo pequeños tajos rojizos. Luego con rocas, y así con lo que pillara, compulsivamente. Su ser no estaba completo sin restos del terreno sobre su cuerpo, ella limpia era una chiquilla mutilada, arrancada de donde pertenecía. Si de ella dependiera, plantaría semillas de flores hermosas en su nariz y orejas para que la coronen, le susurren que es una más, que gracias por nutrirnos, que la estaban esperando y que es bienvenida en casa. Repudiaba sus rasgos humanos. Su especie solo arrancaba y no ofrecía nada a cambio: era ajena, antagónica, a un sistema natural perfecto, hermoso. La pobre luchaba por entrar a un mundo que era incapaz de recibirla.

Con el tiempo, la vieja rabiosa de su tía se volvió una timorata. Cuando la chiquilla olvidó su gusto por lo seco y pasó a lo orgánico, su cabeza parecía una mazamorra de bichos: chinches, hormigas, arañas, y otras decenas de patitas irreconocibles. Era un desagrado bañarla, el agua terminaba café y el desagüe tapado de pequeños miembros de insecto. Pero la cosa solo iba a peor y la tía dejó de reconocer a su niña, porque sus ojos no veían nada cuerdo, nada humano en la pequeña bestia de los cerros. Ya no la atendía con desdén, sino con la precaución de una presa. Encontró después huevos de larvas en su cuero cabelludo que la niña insistió en conservar hasta que eclosionaran, alegando que era su nido y debía darles calor, protegerlas y cuidarlas. Decía que era su manera de honrar la tierra, la vida misma, de prestar servicios a un ama antigua. Un día volvió abrazando un par de culebras marrones y ratones, y el asco que sintió la tía le revolvió tanto la guata que ni puso la mesa para tomar la sagrada once y fue directo a encerrarse en su pieza, muda y pálida. Con las semanas, la pequeña ya no se contentaba con una visita de cuatro horas a los cerros, sino que se empeñaba casi a tiempo completo en su misión. Salía temprano y volvía de noche, tropezando en el camino. Los vecinos comenzaron a sospechar, no preocupados sino horrorizados. Intercambiaban conspiraciones: era una bruja o aprendiz chaman, quedó loca cuando se le murió la mamá, se escapaba con un chiquillo, y miles de historias que la etiquetaron, de una u otra forma, como indigna. Ellos no la querían y las miradas de desprecio no hacían más que animarla a seguir. La sociedad del pueblito le dio la espalda y eso solo podía significar que su metamorfosis era visible, real, y que debía terminarla.

Una noche no volvió y nadie salió a buscarla. Caminó más que nunca, hasta que las pocas farolas ya no fueran visibles, demasiado lejos de la única carretera y aún más de su tía que dormía tranquila, con el pestillo sin echar y un sueño tranquilo por primera vez en meses. Sus pies empolvados se confundían con la tierra y sus extremidades eran invisibles en la oscuridad, pero con una soltura felina encontró el lugar ideal: un área verde que parecía imposible de hallar en la sequía. Agarró primero pequeños matorrales y los devoró con raíz y todo hasta quedar satisfecha, hasta que las náuseas la hicieron parar. Seleccionó unos brotecitos amarillos que dejó en su boca, asomándose como joyas que combinaban con su florida cabeza recién embarrada. Con un imposible charco formó una pasta café que untó en su cuerpo para imitar la piel de a quién servía, como la chiquilla que era replicando torpemente el maquillaje de su mamá. Ya con su disfraz natural listo, la oscuridad se le hizo

luz y hábilmente escaló un árbol cuyo tronco crujió en protesta al peso humano. Sin embargo, la rama elegida determinaría finalmente si este mundo verde, si su paraíso, la aceptaba. La niña juró que si esta se rompía se iría al exilio, se escaparía a una enorme ciudad plástica que ni notaría su llegada y se moriría ahí mismo, en plena avenida que solo la recibiría con bocinazos. Así que anudó firmemente a la rama las pocas mechas sueltas que le quedaban y se ofreció de brazos abiertos al viento. Su balance fue espectacular, con sus piecitos a la distancia justa del suelo. Se columpió por horas hasta el agotamiento y sudor y lágrimas de alegría se fusionaron en una gota de caída uniforme que regó la tierra debajo, compartiendo su felicidad explosiva que traía solo fertilidad y rechazaba la destrucción. Era un perfecto tótem flotante que serviría de nido para las aves, fuente para las flores y hasta alimento para los jotes.

Años más tarde, cuando su pelo que ya dejó de crecer hace tiempo no pudo sostenerla más, la bestia de los cerros cayó. Su abnegación trascendió la muerte y nutrió a las larvas que la esperaban debajo. Aún más años después, cuando su tía aún más arrugada ni recordaba que alguna vez tuvo sobrina, la pisarían unas botas de construcción con gruesa suela de caucho y punta de fierro asesina. Quedó fundida en la tierra dentro de un perímetro recientemente cercado con alambre donde tendría lugar el proyecto de ampliar el pueblo y conectarlo con la Ruta 5.